

y el recién nacido, tras la huida de su destierro y el regreso a la tierra esquilmada por la que luchará. Un viajero impenitente rememora los antiguos hechos y analiza el porqué de ese presente casi inhóspito y de paz tan precaria.

«Me costaba concebir el viaje del vagón por esa planicie seca y cuarteada, que las lluvias del invierno y el desborde del arroyo transformaban en pantano. Se me hacía cuesta arriba imaginarlo rodando sobre rudimentarios rieles de madera, arrastrado más que por una yunta de bueyes o dos y tres y aún cuatro yuntas de las lomadas, por la terca, por la endemoniada voluntad de un hombre que no cejó hasta meterlo, esconderlo y hasta incrustarlo literalmente en la selva».

Ahí queda el recuerdo de tiempos revolucionarios: ese fracaso casi imperdonable que supuso una huida hacia todos los confines y a seguir viviendo lejos de esa «tierra y libertad» que se habían convertido en grito y consigna de la lucha fratricida. «Cuando el levantamiento agrario del año 12 estaba prácticamente vencido, las guerrillas rebeldes, después de una azarosa retirada, se concentraron y atrincheraron en el recién fundado pueblo de Sapukai cuyo nacimiento había alumbrado el fuego aciago del cometa y que ahora se disponía a recibir su bautizo de sangre y fuego». La historia es que una locomotora cargada «hasta los topes de bombas de alto poder» para que explotara a mitad de trayecto. Sin embargo, la huida del maquinista y la aglomeración en la estación, de gentes que iban a despedir a los combatientes, precipitó la desgracia, dejando tras de sí más destrucción que la supuesta. «El fagonazo y la explosión rompieron la noche con un penacho de fuego». Construir en ese vagón un hogar y llevarlo hasta la selva parece entre increíble y magnífica, pero esa es la enseñanza para después de una guerra: el hacer del lugar del crimen un posible aposento para encarar al futuro, en la vida del hijo del sargento Casiano Jara, como si sólo tras la destrucción fuera dable emprender nuevas leyendas, con sus históricos deseos de libertad o, al menos, la posibilidad de armarse frente a otra época de tiranía. Así, mientras Casiano Jara envejece a bordo de «esa mole de madera y metal sobre la llanura sedienta y agrietada», otros hombres laboran, en silencio, y buscan adeptos para su lucha. Es el signo de la tierra guaraní, siempre en pie de guerra.

—La revolución va a estallar pronto en todo el país. Nosotros vamos a formar aquí nuestra montonera.

El narrador se hace parte de la desgraciada historia de guerras y compromisos y, poco a poco, se va a sentir solidario con quienes no poseen otro destino que la lucha ciega frente a los designios de la noche oscura en que la tiranía permanece. Al ser requerido para que participe en el nuevo levantamiento duda, y se justifica al estar «controlado por la jefatura de policía», tal vez por no ver claro el momento en que ha de producirse la intentona.

Hubo un largo silencio. Cien ojos me medían de arriba a abajo.

—¿Tienen armas?

—Un poco, para empezar. Cuando llegue el momento, vamos a asaltar la jefatura.

Los puños se habían crispado junto a las piernas. Bolas de barro seco. Tenían, como las caras, el color gredoso del estero.

—¿Qué nos contesta? —preguntó impávido el que decía llamarse Silvestre Aquino.

—No sé. Déjenme pensarlo...

Pero ya sabía en ese momento que tarde o temprano iba a aceptar. El ciclo recomenzaba y de nuevo se incluía. Lo adivinaba oscuramente, en una especie de anticipada resignación. ¿No era posible, pues, quedar al margen?

Nunca es posible quedar al margen, siempre se hace necesario luchar para poder construir hogares dignos y lugares donde los niños nazcan y crezcan libres. Y así comienza, a deshoras como en todas las ocasiones, una nueva revuelta contra el despotismo y la miseria que siguen, seguían, azotando al Paraguay.

La revuelta, como siempre, es reprimida de manera brutal. El hijo de Casiano, Cristóbal Jara, que iba al frente de la misma, huye a la represión y se esconde en el cementerio, donde un muchachito le lleva alimentos y noticias del momento posterior.

—A Silvestre y a los otros prisioneros los mandaron engrillados esta tarde en el tren.

—¿No sabe adónde?

—No. Seguro a Paraguay. Los centinelas eran del escuadrón que vino de allá.

—¿Iban todos?

—Menos los que murieron...

Tras la ventana del cementerio el mundo sigue su curso, ajeno a la miseria y el dolor de los vencidos. Ahora mismo se prepara una fiesta para los oficiales del escuadrón, a la cual desea asistir el proscrito Cristóbal Jara, el hombre más buscado de los contornos.

Mientras tanto un par de soldados hacen la guardia, comentando los recientes sucesos:

—Yo no sé por qué vinimos a matar a estos prójimos —dijo el del pecho lampiño, casi para sí—. ¡Meta bala sin compasión! No habían hecho nada todavía.

—Orden es orden —replicó el otro, que parecía dormido bajo la gorra—. Nosotros estamos sirviendo a la patria y se acabó. Para qué vamos a plaguearnos en balde.

—No entiendo eso, Luchí. ¿Servir a la patria entonces quiere decir matarnos los unos a los otros?

—Estos se quisieron levantar contra el gobierno.

—Porque el gobierno aprieta desde arriba.

—Para eso es gobierno.

La insolución queda ahí. Está naciendo una idea, forzada, de que la obligación del poder es simplemente condenar todo atisbo de libertad, sea del color que sea, reprimir cualquier manifestación que pueda suponer un soplo de insubordinación o de violencia tendente a solicitar la mínima justicia para un pueblo desolado y mísero.

La feroz persecución de Cristóbal se hace confusa, violenta. El capitán dispara contra un bulto creyéndole el huido, y acierta a un chivo de la sepulturera, que lo reclama, justificando su propiedad y el atender no sólo al chivo, sino a los muertos y más menesteres.

—¿No te parece que es mucho para una sola persona?.

—Yo atiendo a los enfermos también. Por estos lados no hay carne. Hay mucha miseria. Y ahora va a haber más.

De esa manera justificará también el carnear al chivo muerto «y hacer cecina de él».

Los presos continúan camino de su encierro. Para el tren, pero ni siquiera se le permite al pueblo acercarse a él. «—¡Para qué las llevan así! ¡Ni que fueran animales!». Mientras tanto continúan los preparativos de la fiesta. «—Las damas de la comisión pro templo y las maestras han trabajado como negras». Ahí es donde pretende ir precisamente el proscrito, y la sepulturera y su hijo comentan la trayectoria del mismo.

—El tiene que vivir para cumplir su obligación.

—¿Cuál es su obligación, mamita?

—Luchar para que esto cambie... Anda, a dormir ahora...

Alejo se levantó pesado de sueño y fue a tumbarse en su catre.

Se durmió en seguida. Había algo de anunciación en este niño, guarnecido en la soledad de su sueño como en una región inaccesible, donde pasado y futuro mezclaban sus fronteras. Engendrado por el estupro, estaba allí sin embargo, para testimoniar la inocencia, la incorruptible pureza de la raza humana, puesto que en él todo tiempo recomenzaba desde el principio.

En plena fiesta su patrón descubre a Cristóbal bailando con la sepulturera, y está a punto de delatarlo, cuando una gran confusión trastoca todo lo existente al advertir que los leprosos también han acudido a la reunión. Ello facilita la huida de Jara hacia nuevos caminos de posible libertad y desafíos, como si siempre fuera precisa la unión de las fuerzas de la miseria, de los oprimidos por el poder o la enfermedad, para burlar el sitio de las armas y de la injusticia y que alguien o algo se alce por encima del espacio de los hombres y comience, de nuevo, a urdir los planes de la rebelión y los caminos de la justicia.

Y por fin, la guerra. No podía faltar la guerra, la Gran Guerra, la del Chaco, la ocasión magistral para que los abandonados a su miseria sean, además, capaces de dar la vida por la patria, por esa patria que más parece madrastra que otra cosa. El narrador relata tal vez su propia experiencia en el hoyo del Boquerón, con unas armas antediluvianas, frente a un mejor enemigo, sin intendencia, sin agua y sin organización de ninguna clase. Luchar por un trozo de tierra, mientras se tiene el convencimiento de que el gobierno es incapaz de ordenar la economía o de dar trabajo a los desheredados, es la mejor manera de lanzarse a una aventura vacía.

«Creo que en el libro de León Pinelo se afirma y se prueba que el Paraíso Terrenal estuvo situado aquí, en el centro del Nuevo Mundo, en el corazón del continente indio, como un lugar *corpóreo, real y verdadero*, y que aquí fue creado el Primer Hombre». Ese es el lugar en que los hombres mueren bajo las balas enemigas y de sed, perdidos en su propia tierra y sin más esperanza que el escapar de un infierno perdido que no ofrece ninguna garantía de avanzar hacia la victoria. Sólo la muerte blanca se aproxima, mientras que es poco fácil huir de la muerte roja, aquella es la que produce la falta de agua, ésta la que viene de la mano de la metralla enemiga. En el escenario

se unen todos los paraguayos, quienes defendían a la patria en el bando de los milicos y quienes andaban de revuelta en revuelta en busca de su ansiada libertad. Hasta los niños son importantes soldados para la muerte, como es el caso del hijo de Lágrima González, al fin asistente de un futuro comandante sin huestes. En el lugar en que pudo haber estado el Paraíso Terrenal, hasta las moscas tienen más suerte que los paraguayos, al fin son beneficiarias de los cadáveres que la guerra y la miseria produce. Sólo los hombres, con Chaco o sin él, son presa de un presente maldito y van camino de un futuro vacío y estático. Es una guerra tan sin sentido como las demás, pero donde también se hace posible el hermanamiento de los pobres del mundo en el histérico caos que sólo conduce a la humillación y el exterminio.

La vida en la retaguardia no es mejor que en las trincheras, sobre todo cuando los bolís la convierten en objetivo principal y se lían a lanzar bombas sobre los puestos de socorro y los heridos que yacen en medio de una batahola de enseres, armas inservibles, vehículos averiados y sanitarios impotentes ante tanta sangre y desolación. Es el momento en que los antiguos sublevados, Cristóbal Jara, Silvestre Aquino, han de acudir de nuevo a servir a la patria, y se hacen portadores de agua para llevarla a quienes resisten en el Boquerón, siendo constantemente hostigados por la aviación y con la añadida emoción de una muchacha, que enrolándose en la expedición, persigue a Cristóbal, presa de su amor. En este lugar, infierno de los infiernos, es donde los hombres y las máquinas han de dar todo lo que pueden para llegar a quienes están a punto de sucumbir. Es esto un sentido de patria que está por encima de las propias necesidades físicas de los combatientes, a quienes impregna de un valor que no se corresponde con los alicientes que en tiempo de paz el gobierno les dedica.

Pero la llamada «hermosa guerra» tiene, además de otras características, la posibilidad de convertir a sus combatientes en seres marginados, personas confusas que llegan a confundir el valor de la patria y el significado de la vida. Tras la muerte de Silvestre Aquino, sigue el intento de Cristóbal Jara y su enamorada por llevar agua hasta los sitiados, mientras desde el aire los bolivianos se empeñan en hacerles retroceder o, al menos, evitar que lleguen a su meta. La suerte de ellos como la de otros combatientes son, también, producto de la guerra cruel y despiadada que libran dos pueblos hambrientos por algo que ni siquiera les llegará a pertenecer en el momento de la victoria. Al llegar el cese de hostilidades se hace posible el regreso a las ciudades, se modifican los sistemas sociales, el teniente que mandara a las tropas en campaña es convertido en alcalde y el jefe político usa de su cargo para hacer pasar por su cama a cuantas mujeres le apetece. Es vengado por los hermanos de una de ellas, mientras que otra, la esposa de un combatiente, Crisanto, permanecía a su lado, a costa de los lloros de su hijo pequeño. Será éste, Crisanto, el producto más típico de la guerra. Quien demostrara, tal vez, excesivo valor en los combates, pasará a ser alguien a quien importan poco las cuestiones de su entorno, olvidando casi la presencia de su hijo, en un camino hacia ninguna parte que le hará convertirse en un ser extraviado que, al final, creará que aún vive la guerra, posiblemente porque

ella sea algo tan importante como su existencia absurda una vez abandonadas las armas. De ahí su final absurdo, envuelto en una demencia de la que ya saldrá malparado, y sin poder ser el necesario sostén para su hijo, que poco o nada sabe de la lucha recién terminada. El relator nos habla de estos hombres. «No pienso en ellos solamente —dice—. Pienso en los otros seres como ellos, degradados hasta el último límite de su condición, como si el hambre sufriente y vejado fuera siempre y en otras partes el único fatalmente inmortal». Pero eso es precisamente la inmortalidad de aquellos a quienes venció la desesperanza, a quienes dejó humillados y ofendidos una refriega tan inútil como casual. Porque si no solamente fueron víctimas de la miseria y de la injusticia, además se convirtieron en héroes de una defensa hostil que poco o nada les depararía. «—¡Defender a la patria! ¡Las tierras de los gringos fuimos a defender!... ¡Nosotros también somos la patria y quién nos defiende ahora!», es la expresión de un excombatiente inválido, de un hijo de hombre nunca redimido más que por el dolor y la violencia, nunca saturados de amor y pan, siempre sedientos y abandonados a una suerte tan tremenda y cruel como la de todo un pueblo durante siglos y siglos. Así, la doctora Rosa Monzón al dar a la imprenta los papeles del teniente Vera dirá:

Creo que el principal valor de estas historias radica en el testimonio que encierran. Acaso su publicación ayude, aunque sea en mínima parte, a comprender más que a un hombre, a este pueblo tan calumniado de América, que durante siglos ha oscilado sin descanso entre la rebeldía y la opresión, entre el oprobio de sus escarnecedores y la profecía de sus mártires...

Manuel Quiroga Clérigo

